
Pedro Farré

Cazado

El hombre de la SGAE
que sabía demasiado



Cazado

Pedro Farré

El hombre de la SGAE
que sabía demasiado

ediciones península

© Pedro Farré López, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 2.380 - 2017
ISBN: 978-84-9942-566-5

ÍNDICE

Nota del autor 11

Introducción 13

PRIMERA PARTE

1. El pasado siempre vuelve	19
2. El enemigo público número uno	25
3. Un punto débil	29
4. La cruzada contra la piratería	39
5. Luces de colores	61
6. El mundo es gris	77
7. La ceja de los artistas	87
8. El comandante en jefe de los autores	97
9. De Bruce al Viña Rock	113
10. La gran guerra entre <i>lobbies</i>	123
11. El último gran error	141
12. Operación «jubilar a Teddy»	155

SEGUNDA PARTE

13. Sombras y sospechas	163
14. Entre toros y espías	167
15. En el punto de mira	187
16. Dosieres por doquier	195
17. «Está usted detenido»	209

18.	Cuerpos amigos	221
19.	Urdangarin en el palacio... de Longoria	231
20.	Hollywood y el Séptimo de Caballería	247
21.	¿Amigos en la política?	261

TERCERA PARTE

22.	Las hogueras de la nueva Inquisición	273
23.	Los primeros días	277
24.	Entrando en la Audiencia Nacional	289
25.	Nuevas llamadas	301
26.	La vida entre paréntesis	311
27.	La política siempre juega sus bazas	319
28.	Filtraciones e infiltrados	325
29.	Bautista contraataca	331
30.	Se acabó	335
Epílogo: Saber perder		343

EL PASADO SIEMPRE VUELVE

«Te tenemos agarrado por los cojones.»

Estas seis palabras desmoronaron mi mundo, el que había conocido hasta entonces, el que me había contado a mí mismo. Todo terminó de derrumbarse en ese instante. Toda la mierda empezó a brotar en el momento en que un francotirador a sueldo disparó aquellas palabras: «Te tenemos agarrado por los cojones».

Llevaba días presintiendo que algo malo me iba a ocurrir. Casi siempre acierto cuando le hago caso a mi intuición; el problema es que he tardado demasiado en comprender qué es eso de la intuición, y mucho más en aceptar que es de las pocas cosas que uno debe seguir en esta vida. Es muy probable que si yo hubiese atendido a mi instinto desde el principio casi nada de lo que ahora voy a relatar se habría producido. Pero lo malo de la experiencia es que siempre llega demasiado tarde. O tal vez no. Acaso llega cuando le toca. Como sucede con todo.

Quizá todo este dolor haya servido para algo. Todo tiene un coste. Y madurar también. «Nada es más lento que el verdadero nacimiento de un hombre», leía justo por esos días en

las *Memorias de Adriano*, el inspirador y reconstituyente libro de Marguerite Yourcenar. Crecer lleva su tiempo, como todo lo importante. He sufrido angustia en no pocos momentos, pero mi mayor dolor ha sido haber vivido durante demasiado tiempo una vida que no era la mía. Seguramente lo ocurrido tenía que pasar, porque yo soy ahora quien soy en parte gracias a todo aquello, a una peripecia que me ha moldeado a base de golpes.

Era una soleada mañana del otoño de 2011. Había salido a correr, como llevaba haciéndolo desde hacía meses, en mi afán —ese que, pese a todo, nunca he perdido— por sentirme bien física y espiritualmente. Desde que empecé a darme cuenta de que mi vida debía cambiar, de que había hecho el capullo demasiado tiempo y de que el deporte constituía una herramienta vital para ese cambio. Un deporte que me había acompañado siempre y que, sin embargo, había abandonado durante años por esa falta de tiempo que nos imponemos las personas que nos creemos demasiado importantes y ocupadas. Son los inconvenientes que tiene el ego, que hace que uno termine olvidándose de sí mismo bajo la tormenta de una atareada y estresada vida.

Mientras me duchaba, algo me daba vueltas en la cabeza. Era ese sexto sentido que nos pone en alerta cuando intuye que algo grave nos va a ocurrir. A diferencia de otras mañanas, el agua no era capaz de arrastrar aquel mensaje del destino. Su insistencia era reconocible. Algo iba a pasar, estaba seguro. Y nada volvería a ser igual desde aquel día.

Escuchaba *First day of my life*, de Bright Eyes, una banda de Nebraska que había conocido un año y medio antes, durante mi periplo por California, un lugar del que quizá nunca debí haber regresado, y mucho menos para hacerlo a un Madrid que siempre he sentido cargado de ruido y furia. Aquella canción representaba lo mejor de mis días a orillas del Pacífico. «*Remember the time you drove all night, just to meet me in the morning.*» Me gusta comenzar el día con determinadas cancio-

nes. *Here comes the sun*, de los Beatles, es una de ellas. La idea de empezar de nuevo, de comenzar un nuevo día, de reinventar la vida, el recuerdo de que el sol siempre termina por salir, de que tras la oscuridad viene la luz, está presente en muchos de los temas que componen mi particular banda sonora, influida por una convicción que he tenido desde muy joven: que hay muchas vidas dentro de esta vida.

Entonces sonó el móvil. La música se desconectó inmediatamente de mi iPhone. Miré la pantalla del dispositivo: «número desconocido». Con frecuencia —fruto de la desconfianza alimentada durante los últimos años— no contestaba a llamadas de números no identificados, pero aquel día sí descolgué. Al otro lado, una voz áspera, ruda e inquietante comenzó a interrogarme.

—¿Pedro Farré? —preguntó aquella voz.

—¿Quién es?

—Te tenemos agarrado por los cojones —sentenció directamente con un tono amenazante, como queriendo sentar las bases de esa relación recién iniciada al estilo de un matón.

—¿Cómo? ¿Quién es usted? —repliqué, no exento de inquietud.

—Soy periodista. Tú trabajabas en la SGAE, ¿verdad? Sabemos que te gastaste dinero de la tarjeta de crédito de la sociedad en prostitutas.

—¿Qué dice? Hace mucho que no trabajo en esa empresa —le dije al tipo—. Y no quiero volver a saber nada de ella.

La conversación fue breve. Quería terminarla rápidamente. Pero duró lo suficiente como para que todo mi cuerpo sintiera un miedo que nunca antes había conocido. Me iban a obligar a revivir los peores años en la Sociedad General de Autores (SGAE), los dos últimos en los que allí trabajé, dentro de un entorno lleno de tensión, de odios, de ansiedad creciente. Siempre puede ocurrir cualquier cosa, y puede ocurrir en cualquier momento. Un instante te cambia la vida.

El destino conspiró para que mi existencia se viese sacudida por un cataclismo en forma de llamada de teléfono.

La verdad es que me habría gustado contestarle a aquel tipo: «No me sea cretino, déjeme en paz». Pero me acoquiné, y no me culpo por ello. ¿Quién se atrevería a hablarle así a quien como periodista te puede arrastrar por el fango de los titulares y las ondas hasta convertirte en algo irreconocible incluso para ti mismo? ¿Cómo puedes salir indemne de la revelación de que pagaste en un lupanar con la tarjeta de la empresa? ¿Cómo puede uno vivir tras el escarnio de la revelación pública de que ha estado con prostitutas? En aquel momento, cuando lo único que deseaba era enterrar de una vez por todas mi pasado en la SGAE, pensaba que sería imposible sobrevivir a esa acusación, a esa mancha. No me importaba que cosas mucho peores estuvieran descubriéndose en el fondo de las siniestras cloacas de una sociedad en crisis. Haber trabajado en la SGAE y haber ido de putas eran dos realidades que juntas constituían una bomba de destrucción masiva que los medios no pasarían por alto. Lo perdería todo. «Nadie querrá acercarse nunca más a mí. Nunca me volverán a contratar», me decía una y otra vez. Mi nombre, mi carrera, mi vida iban a pender de un hilo. Todo lo logrado, los éxitos académicos, lo aprendido y realizado, el ir de aquí para allá en mil viajes, los contactos construidos, el poco o mucho prestigio profesional adquirido... Todo dejaría de tener sentido.

Entonces, una parte de mí pareció asumir todo lo que me iba a caer encima. Era verdad, había ido de putas y había pagado con la tarjeta de la empresa. No soy perfecto, me equivoqué, pero tampoco había matado a nadie, así que lo que debía hacer era luchar. Me defendería del ataque. Porque de eso estaba seguro: aquella extraña llamada era el comienzo de un ataque impulsado por un interés distinto del que aparentaba. Nada es lo que parece. Yo lo sabía bien. Detrás de esa llamada había algo más que un supuesto interés periodístico. Lo intuía.

A pesar del miedo que sentía, debía intentar no dejarme llevar por el pánico; no me lo podía permitir. Las personas a las que quería sufrirían conmigo, así que debía sacar fuerzas de donde pudiera. Si me mantenía firme, ellos también lo estarían. Con aquellos dos ingredientes, aceptación y lucha, me enfrentaría a un golpe que nunca hubiera imaginado recibir, y mucho menos ser capaz de soportar. Un golpe que si se había producido era, por encima de todo, por haberme convertido en un cruce de caminos. Y una encrucijada era también lo que significaba la SGAE para algunos.